

REFORMA SIGLO XXI

POEMORIA / LA VIDA EN-CUENTO: FRAY MARGIL, EL DE LOS PIES ALADOS

■ Antonio Guerrero Aguilar*

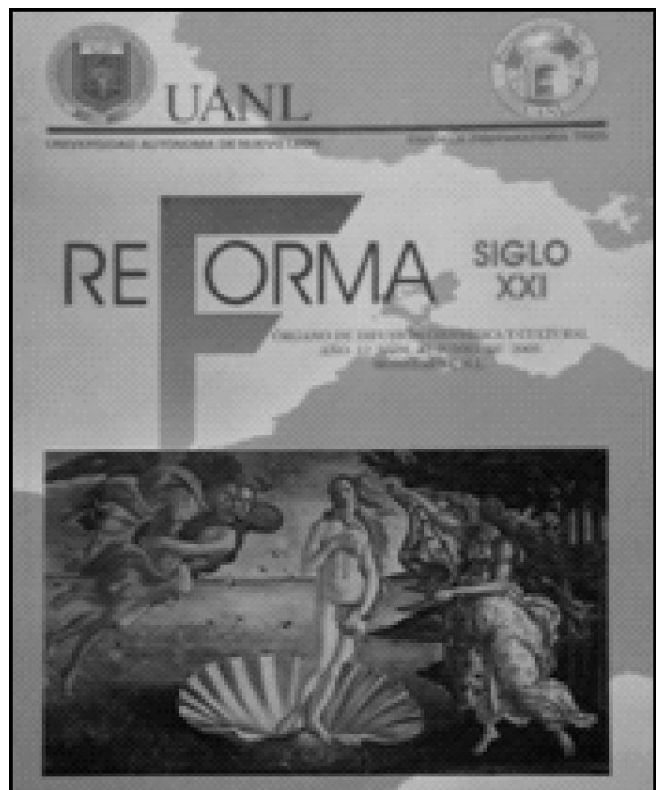
Como narrador, pasé toda la noche buscando historias en pos de la memoria y la identidad. Como un *pauraque* tiende a robar lo que brilla en la obscuridad, cuando uno cuenta una historia, los hechos pueden alterarse a partir de quien lo narra; pero esta vez debo tener cuidado, porque voy a exponerles algo que trata de un franciscano que dicen que podía recorrer veredas y terracerías en corto tiempo, repletas de aflicciones y peligros.

Hubo alguna vez, siervos de Dios que caminaban por los montes y desiertos. Las inclemencias del tiempo no los amedrentaban, ni siquiera interrumpir el anuncio del Evangelio entre quienes no lo conocían. Hace cinco siglos, llegaron misioneros a la Nueva España. Los reyes católicos se comprometieron con la Santa Sede, en apoyar a la conversión y el cuidado de los naturales, adquiriendo derechos y obligaciones, como la de fundar misiones y conventos en donde los religiosos dieron cobijo y protección a los indios. En ellos, cada orden vivía de acuerdo al ideal del padre fundador. Los franciscanos eran los frailes menores, fundados desde 1209 por el más italiano de los santos y el más santo de los italianos, quienes, como regla de vida, decidieron salir de la vida conventual y dejar el *ora et labora* por la predicación, el testimonio como el ejemplo, la pobreza y la alegría.

Eran padres mendicantes porque vivían de la generosidad y la providencia divina. Con un hábito tan descolorido, que su color café distintivo se confundía con la aridez del paisaje. A lo lejos se les reconocía por la tonsura en su cabeza, una cruz en forma de *Tau* griega y un cíngulo con tres cordones que garantizaban su vida consagrada, en orden a la pobreza, la obediencia y la vida célibe.

Daba la impresión de que vivían acongojados, expuestos a la falta de un trabajo remunerado que les permitiera ciertos lujos. Pero al contrario, para ellos el servir era alegría y si los caminos presentaban peligros, los ahuyentaban cantando:

*Gracias te doy gran Señor y alabo tu gran poder.
Que con el alma en el cuerpo nos dejaste anochecer.
Así te pido Dios mío nos dejes amanecer
En gracia y servicio tuyo y sin llegarte a ofender.
En el hombre sea de Dios se va a cantar este alabado,
Todos juntos como estamos a Jesús Sacramentado.*



*Antonio Guerrero Aguilar (Santa Catarina, Nuevo León, 1965). Estudió filosofía en la UNIVA de Guadalajara. Fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León, del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias PACMYC y actualmente del Sistema Nuevo León al impulso artístico y la creación de Conarte. Conduce semanalmente un espacio radiofónico en Frecuencia Tec 94.9 FM que se llama LA VENTANA.

En aquellos lejanos tiempos, la gente se movía por su cuenta, ya sea caminando, en burro, mula, caballo, carreta o carruaje según las posibilidades de cada quien. Había una clase de oficio formado por quienes arriaban trenes de mulas o burros, que llevaban mercancías a sitios tan lejanos por las distancias que recorrían. Eran los arrieros o fleteros como también les decían. En cambio, los misioneros franciscanos recorrían sus caminos a veces descalzos o en huaraches. Como se apoyaban en báculos, llamados por ellos mismos *Caballos de San Francisco*, por aquello de *ir como San Francisco, un rato a pie y otros paseándonos*.

Luego la sabiduría popular sentenciaba: *como el carro de San Fernando, unos ratitos a pie y otros andando*. Entonces literalmente el caballo como el carro de los dos santos era andar a pie. Moverse en una ciudad a otra por caminos reales no era sencillo, tan complicado que dependían del *buen tiempo*, sin que aparecieran los llamados *indios bárbaros* o bandoleros; iban de un lugar a otro como se podía y no me quiero imaginar las tribulaciones que se presentaban cuando necesitaban salir para establecerse o conocer otros rumbos.

A los *caminos de Dios*, también les llamaban *Caminos Reales* porque aseguraban, estaban habilitados para que la corte de su Majestad, si algún día se atrevía a visitar sus posesiones, podía transitar por ellos sin dificultad alguna. Fuera de la capital del Virreinato todo era extraño, ignoto y hasta mítico como legendario. Dicen que primero fue la Cruz y luego la plata. Tienen razón, quienes abrieron las rutas, fueron los abnegados religiosos. No pasaron diez años, cuando los exploradores se aventuraron en la búsqueda de las ciudades repletas de oro y piedras preciosas. Sí los encontraron (preferentemente metales plomosos y argentíferos) y fundaron ciudades, villas y pueblos. Las primeras para los colonizadores, la segunda para la convivencia con los naturales y los pueblos; podían ser haciendas, estancias, reales de minas, misiones o presidios, dispuestos cada cinco leguas entre uno y otro paraje. Una tierra tan dilatada como extensa, quedó unida por el *Camino Real de Tierra Adentro*.

Las misiones eran destinadas para los indios y los presidios para defenderlos. Los valientes e insurrectos chichimecas no aceptaban la fe cristiana, mucho menos la presencia de los nuevos residentes que se quedaron con sus tierras. Aún y cuando todo

estaba tan adverso, los frailes salían a buscar hijos y hermanos en Cristo, para evangelizarlos y educarlos en la fe.

Los siervos de Dios y de la Iglesia, salían muy temprano y seguido. Con una Cruz alta, acompañados por indios conversos que llamaban *nahuatlato*, ya que pensaban que todos entendían el náhuatl. Para hacer más grato el trayecto, tocaban instrumentos y hacían música que atraía a los gentiles. Si el pueblo ya tenía capilla o ermita, colocaban arcos bellamente decorados en las entradas y para recibirlos, barrían los caminos y quitaban las piedras desde una legua de distancia, adornando los árboles y arbustos que había en los lados. A veces los niños los esperaban en cierto punto; al verlos comenzaba la algarabía y los padres tocaban las campanas para anunciar que los propagadores habían llegado.

Como se advierte, los hijos de San Francisco de Asís llegaron con la conquista. Inmediatamente se dedicaron a construir conventos y escuelas para recibir a los naturales y prepararlos en la conversión. La Iglesia les pidió encarnar el Evangelio, por lo que se dedicaron al estudio de las lenguas nativas, aplicaron medios didácticos en los templos y capillas, apoyándose de imágenes, como del canto y la música. También defendieron a los indígenas del maltrato de los encomenderos y se formaron provincias eclesiásticas con las que se repartieron los territorios de Mesoamérica como de la Gran Chichimeca para atenderlos mejor.

En 1682, el papa Inocencio XI aprobó la creación de colegios apostólicos de propagación de la fe, conocidos como de *Propaganda Fide*, con la intención de fortalecer la labor de los misioneros, como sitios en donde se formarían en lo espiritual, en lo físico como en lo intelectual y se dedicaran a establecer misiones que apoyaran la conversión en los puntos más distantes de la Nueva España. Los franciscanos vieron el descubrimiento de las Indias Occidentales, como un *Pentecostés*, un nuevo comienzo para la religión cristiana.

Al año siguiente se fundó el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro y a principios de 1707, el Colegio de Propaganda Fide de Nuestra Señora de Guadalupe en Zacatecas. En ambos vivió y sirvió fray Antonio Margil de Jesús, un sacerdote franciscano llamado el *padre de los pies alados*, porque peregrinó desde Centro América hasta la Nueva Filipinas como también se le conoció a Texas en un principio.



Revista Reforma Núm. 27

El nació en una urbe a orillas del río Turia, en la costa levantina de la península ibérica, de cara al Mediterráneo. Vino al mundo en Valencia, España, el 18 de agosto de 1657, en el seno de una familia católica formada por Juan Margil y Esperanza Ros. Fue bautizado con el nombre de Agapito dos días después, en la parroquia de San Juan del Mercado.

A los 18 años decidió llevar el hábito de los hijos de San Francisco de Asís. Un año después hizo la profesión, tomando el nombre de Antonio. Tras estudiar humanidades, filosofía escolástica y teología, recibió el orden sacerdotal en 1682. Durante un año, hizo vida comunitaria en los conventos de Onda y Denia. La vocación hizo que se alistara como propagador de la fe en marzo de 1683, embarcándose hacia la Nueva España, formando parte de un proyecto al mando de fray Antonio Linaz. Junto con otros 23 hermanos, llegaron al puerto de Veracruz el 6 de junio de 1683.

Dicen que un sacerdote recién ordenado quiere comerse el mundo en un bocado. Todo parecía novedoso y prometedor. Su primer destino fue la ciudad de Querétaro a donde arribó el 13 de agosto de ese año. En marzo de 1684 fue destinado a anunciar el Evangelio y la conversión en la península

de Yucatán, así como en Capitanía General de Guatemala, llegando hasta el estrecho que la divide con la Gran Colombia.

Como buen heraldo de fe, anunciaba su entrada a cada pueblo alabando al Padre eterno y al Resucitado. Predicó en los actuales territorios de Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Se hace niño para aprender los dialectos y hablarles con dulzura y amor. Algunos estudiosos de su obra, afirman que cerca de 40 mil almas recibieron de sus manos el bautismo tan solo en Centro América. Siempre llevando una vida ejemplar, repleta de virtudes, en la pobreza, como en la austeridad y el celo propio de un evangelizador, mostrando especial devoción de la pasión del Señor. Por cada pueblo que pasaba, organizaba las estaciones del Viacrucis y encomendaba su labor a la Virgen María, a la que siempre saludaba:

*Camina la Virgen pura en una fresca mañana
Y como era tan de mañana, en la hora que caminaba
Con San Juan encuentra y de esta manera le habla.
¿No ha pasado por aquí el Hijo de mis entrañas?
Sí Señora, aquí pasó tres horas antes del alba.*

En marzo de 1695 hizo labor apostólica en la selva lacandona de Chiapas en donde se convirtieron con su palabra. Es cuando se le aprecia de tener el don de caminar grandes distancias en tan corto tiempo. Lo más difícil, es que lo hacía descalzo, de manera que sus extremidades parecían cuernos de toro, tan duras que podían aguantar las piedras, espinas y lodazales. Tan solo con hábito y los ornamentos necesarios para celebrar la Eucaristía. Comía lo que le daban y de lo que podían, a veces frutos silvestres y raíces que abundaban, siempre agradeciendo por el don del alimento. Tenía la cualidad de hablar con los animales y las aves, en especial cuando dañan los campos y éstas lo siguen.

En abril de 1697 llegó al Convento de la Santa Cruz de Querétaro en donde se hizo guardián. Ahí permaneció hasta febrero de 1701, cuando debió salir con rumbo a Guatemala para establecer el segundo Colegio Apostólico del Cristo Resucitado. Posiblemente en esa estancia ocurrió el milagro del bastón que se convirtió en árbol de espinas, del que tanto se jactan en aquella ciudad, sin saber que otros sitios que visitó, como Saltillo y Villaldama, también tienen esos enigmáticos árboles.

Del sureste se trasladó a la llamada *Madre del Norte*, en donde fundó el Colegio de Propaganda Fide de Nuestra Señora de Guadalupe en Zacatecas en enero de 1707. Como guardián, se convirtió en el superior del convento, promovía el trabajo comunitario, veía que todos trabajaran, pues sin trabajo no hay alimento; debía promover y ser pilar de la vida comunitaria con sus hermanos y con los indígenas. Además de convertir a su Colegio de Guadalupe, como la sede de donde el Evangelio salió hacia la Nueva Extremadura, el Nuevo Reino de León y Texas.

Infatigable, con espíritu aventurero y siempre dispuesto, entre 1710 y 1711, evangelizó en lugares del otrora llamado Reino de México y de la Nueva Galicia, recorriendo las actuales ciudades de Acámbaro, Morelia, Zinapécuaro, Guadalajara, Chapala y Nayarit. Atraído por las tierras del norte, encaminó sus pasos hacia Coahuila en 1713. Andariego eterno, emprende largas jornadas para llevar el pasto espiritual a las ovejas descarriadas.

Con su *Alabado*, llenó de bendiciones a Saltillo, Santa Catarina, Monterrey, Guadalupe, el Huajuco en donde una cueva le sirvió como capilla, el Valle del Pílon, Hualahuises, Linares y Guadalupe. Siempre con una Cruz en el pecho, que le perteneció al padre Linaz, con la que tocó al Señor de la Expiración que se venera en el antiguo pueblo de Guadalupe de la Nueva Tlaxcala.

Para emprender las obras de misión en Texas, los franciscanos decidieron fundar un hospicio en el Real de San Pedro de Boca de los Leones en el actual Villaldama, Nuevo León. El 18 de diciembre de 1715, el padre Francisco de la Calancha y Valenzuela donó una de sus propiedades para tan noble propósito. Al año siguiente fray Antonio Margil de Jesús inició la construcción. De acuerdo a la leyenda, con su bastón golpeó unas rocas y ahí surgió un manantial. Luego decidieron hacer un pozo con su respectiva noria que aún permanece en la casa parroquial. El hospicio quedó al amparo de nuestra Señora de Guadalupe y de ahí llegaban los misioneros procedentes del Convento de Guadalupe de Zacatecas. Los religiosos hicieron del sitio un lugar de oración, evangelización, atención y cuidado de quienes iban y venían del Reyno hasta las misiones que se formaron en Texas a lo largo del siglo XVIII.

Prosigue su marcha infatigable hasta los

pueblos allende al Río Grande del Norte y propicia la conversión de los indios que habitaban las llanuras, bosques y desiertos de Texas, hasta sus colindancias con la Lousiana. En todas esas fundaciones demostró su carisma de testimonio ejemplar. Fueron seis años de misionar sin cansancio, aunque el tiempo no había pasado en balde, literalmente de *enseñar a amar a Dios en tierra de indios*. El intrépido caminante comenzó a experimentar sus consecuencias, por lo que regresó a la entrañable Zacatecas en 1721 y luego a su amado convento de Querétaro, en donde transcurrieron sus últimos días. El 31 de julio de 1726, celebró su última misa, ya enfermo y con convulsiones; por lo que fue llevado a la Ciudad de México. El 2 de agosto llegó al convento de San Francisco en la capital del Virreinato, en donde lo prepararon a bien morir con el sacramento de la confesión y de la extremaunción. Entre la una y dos de la tarde del 6 de agosto de 1726 falleció en olor a santidad a los 69 años de edad, alcanzando medio siglo de apostolado.

Alguna vez, el profeta Isaías cantó: *¡Qué hermosos son sobre los montes, los pies del que trae buenas nuevas, Del que anuncia la paz, Del que trae las buenas nuevas de gozo, Del que anuncia la salvación, Y dice a Sion: "Tu Dios reina!"*. Amparados en la palabra divina, sus hermanos franciscanos introdujeron su causa de beatificación el 19 de julio de 1769. El 31 de julio de 1836, el papa Gregorio XVI, aprobó las virtudes heroicas de este siervo de Dios y lo hicieron venerable por su santidad de vida y su celo apostólico.

Con su testimonio, fue un verdadero ejemplo de vida cristiana y entrega a los demás, con amor, sacrificio y servicio. Su huella quedó marcada por todo el territorio que caminó. Seguramente al entrar al reino celestial, cantó lleno de júbilo:

*Gracias te doy, Gran Señor,
y alabo tu gran poder
que con el alma en el cuerpo
nos dejaste amanecer.
Así te pido, Señor,
nos dejes anochecer
en gracia y servicio tuyo
y sin llegarte a ofender.
Cristo en cruz crucificado
que por mí estás de esa suerte
haz que nos valga en la muerte,
la sangre que has derramado.*